

Dulce Objeto de Amor

Raúl Guerra Garrido



“Los sentidos son los que hacen a las cosas dignas de fe, les dan buena conciencia y apariencia de verdad”.

FRIEDRICH NIETZSCHE

EXTRAÑO AUTOMÓVIL y no menos insólito el personaje que de él desciende. Observas la maniobra de aparcamiento, su subida por las escaleras del Palace, sus pasos dueños del terreno que pisan. Te encuentras cómodamente instalada en un sillón de la rotonda, quizá menos complacida que en ocasiones anteriores, pues lo variable del tiempo se extiende también a las circunstancias de tus compañeras de tertulia y así, sin abandonar la conversación, distraída, observas: lo firme de su andar; lo agradable de su no perfecto rostro, algo, una cicatriz en la mejilla, le da un toque exótico; lo desconcertante de su atuendo, un traje entre desestructurado Adolfo Domínguez y corte clásico Carlos Cutuli; y lo indeciso de una edad que siempre se define como de cuarenta. Cuando se acoda en la barra abandonas la observación. Vues-

tra charla prosigue en conjeturas sobre la amiga ausente, en viaje de novios, para faltar a la cita mejor excusa no existe, “¿de veras te gustaría casarte tan joven?”, es tan relativo lo de los años adecuados para hacer algo concreto. El tiempo no se corresponde con la avanzada fecha de un primer viernes de junio, el verano se resiste a fustigar con un calor que, por otro lado, se añora, ha sido un año norteño, de lluvias constantes, y la ciudad se esponja solícita a los rayos de un sol intimidado por el paso de ligeras pero contumaces nubes. La acristalada bóveda de la rotonda es un caleidoscopio en donde alternan los brillantes colores de los dibujos modernistas con los grises de la intermitente umbría que los empaña y del mismo modo, entre alegre y tristón, percibes tu ánimo y fin de semana.

SABOREAS EL WHISKY y con afectada naturalidad pasas lista a la bella gente, a la distinguida clientela del bar más confortable de la ciudad, no porque sea el más lujoso y caro, que sí lo es, sino por la elegancia de su decoración y la eficacia de su puesta en servicio. Alabas el buen gusto de la chica, te agradó el averiguar que aquí se reunía, ya la has localizado, un gusto por exquisito nada sorprendente puesto que nada vulgar podría haber reclamado tu atención. La ves de perfil en animado coloquio con tres

amigas y con un metafísico suspiro de alivio te dispones a iniciar la premeditada estrategia. Hay un obligado margen temporal de maniobra que ocupas en saborear los objetos circundantes. Cuero, vidrio, metal y madera, materiales nobles, confieren un toque de sensitiva calidad a las cosas en las que te recreas. Prefieres las cosas a las personas, son más fiables y su disfrute no brinda ningún inconveniente social o psicológico, son fáciles de elegir, te identificas, te reflejas en ellas, y cuando el encanto se rompe no oponen inconveniente alguno: a la basura. Con las personas se crean vínculos legales o efectivos que inevitablemente se transforman en cadenas, no es que a una persona molesta no se la pueda arrojar al vertedero, pero eso es algo a lo que siempre opone cierta resistencia. De Bohemia, dictaminas mientras acaricias la copa, objeto que dócil se deja manosear por tu acto reflejo. Con la ayuda de otro no tan noble vidrio espías su presencia de un modo indirecto y su medio perfil vuelve a excitarte, agita su lisa melena y vuelve la sensación de oleaje sobre sus hombros, marea en la que muy pocos hombres desearían no ahogarse. Ardes hacia la belleza de su rostro, sus labios consistentes y sensuales le dan un aire frívolo, de dejadez, de abandono, que contrasta con la afilada sobriedad de sus pómulos y se contradice con un mentón deportivo y disciplinado, levemente fanático de resulta difícil adivinar que afanes. Es la llama quien mar-

cha alrededor de la mariposa, e imaginas la cera púrpura de una vela danesa y el rojinegro reposo de la amarinta en su estuche de nácar. Largo y parsimonioso sorbo mientras te tomas tu tiempo.

SE VA DEFINIENDO UN PLAN descorazonador. Intentas ilusionarte con la velada propuesta, pero no lo consigues; el cenar, tomar cualquier cosa en el apartamento de Luisa, es soporífero de necesidad, terminaréis jugando al Trivial o pasando algún vídeo de emergencia para matar el rato. Es una ñoña, no se atreve a salir y en total por un mareo de nada. Encuentras sus ojos en el espejo de la vitrina que delimita el espacio perteneciente ya al vestíbulo del hotel, el rectángulo biselado enmarca no el rostro sino la mirada en la que no quieres enredarte, es una impertinencia el sostenerla tan fija y desvías el posible contacto. Es una absurda pero real sensación táctil la que permanece en tu mejilla. La memoria te sorprende con el recuerdo de la misma sensación, fue en el cóctel de la embajada alemana, acompañabas al director adjunto de Polímeros Ibéricos, empresa de capital extranjero como su nombre indica, te desvías, si trabajas allí es por tu dominio del inglés, de polímeros sólo conoces una nomenclatura sin ningún significado práctico, puro esoterismo técnico, orgullosa de tu puesto de trabajo tratas de evitar

con elucubraciones laborales lo inevitable de un recuerdo persistente. Vuelve a repetirse la secuencia, elegida entre más de una veintena de aspirantes fue un gozo indescriptible, no consigues desviarte, quizá no fuera la misma persona del cóctel, sí el mismo ademán al incorporarse y caminar hacia, en la embajada creíste que caminaba hacia ti. Tan inevitable como que terminaréis en el apartamento de Luisa si el azar no lo remedia.

AVANZAS HACIA ELLA por la rotonda del bar del Hotel Palace iluminando tu rostro con la mejor de las sonrisas, la de sorprendido y alegre por la sorpresa. Está en uno de los chésters que circundan la fuente central y hacia allí te diriges con marcha calma inspiradora de confianzas. La ambientación no hubiera podido diseñarse más a la medida de tu gusto: la muelle alfombra amortigua el ruido de los pasos, las conversaciones son sólo un tenue rumor del fondo en el que se intercala el tintinear de los vasos, la vegetación de las cuidadas plantas interiores tamiza la ya de por sí diluida luz de la gran claraboya y el rumor del agua hace el resto. Cuadros de firma, jarrones policromados y camareros de etiqueta son detalles accesorios, decorativos, pero no intervinientes. Trató de evitar tu mirada sin conseguirlo, ahora la expresión de sus ojos quiere ser de alertada indiferencia, pero sus des-

tellos la traicionan con el brillo de una esperanzada curiosidad. Hablas con la espontánea naturalidad de lo muy ensayado.

—Hola, qué agradable sorpresa.

NO SABES SI ES EL MISMO hombre con quien no cruzaste palabra en la embajada, no sabes quién es, pero es tan amable y correcto que no te decides a cortarle. Te saluda, se presenta a tus amigas y lamentas que se te hayan escapado sus palabras, su nombre. Se sienta con vosotras, a tu lado. Estás en un mar de dudas, en la empresa conoces a tanta gente, ejecutivos de esa media edad, pero no tiene el aspecto gris y cruel que confieren los negocios, no le recuerdas y su encanto resulta imposible de pasar inadvertido, por eso, en la duda, optas por no deshacer el encanto que confiere amenidad a la plúmbea fiesta en que os habíais empantanado. Cuando da fuego a la coqueta de Laura su mano concentra toda tu atención, es fuerte, poderosa, de deportista, vela, polo, algo así le pronosticas. El original Dupont apareció entre sus dedos como por arte de magia, en la muñeca un Rolex de oro con brazalete *president*, en el puño de la camisa un gemelo del mismo metal con barrocas iniciales entrelazadas, es un espectacular buen gusto lo que emana de cualquiera de sus detalles, una ostentación de sensibilidad que hace olvidar

su precio. Es todo un alarde de equilibrio, pero hay algo más, ahora acaricia su vaso de whisky, solo, sin soda, sin hielo, no lo has visto tomar así nunca y es así como debe tomarse, un atractivo vello oscuro cruza sus dedos largos, acarician el vidrio con una morbosidad turbadora, como si encontrara un ignoto placer sensual en el contacto de tan inanimado objeto, y de ese roce procede lo ilógico del recuerdo. Te estremeces y tratas de frenar tu desbocada imaginación. Jamás has acariciado así cosa alguna, piensas en las diversas sensaciones que han excitado tu piel y no das en tu memoria con ningún objeto, sedas, encajes, porcelanas, han podido ser agradables pero incapaces de producir el ensimismamiento que intuyes y te desasosiega. Sólo puedes compararlo al de un cuerpo desnudo, al de la primera vez, y te avergüenzas de la asociación de ideas. Las secretas pulsaciones que únicamente él puede captar empuñando tan banal copa sólo son equiparables en tu recuerdo al tacto de un muy concreto pene, latidos de dos sangres excitadas. Qué apuro si alguien te adivinara el pensamiento, lo derivas a consideraciones triviales pero disuasorias de tan morboso tema, Laura está coqueteando de una forma descarada y él no para de engarzar una anécdota con la siguiente. “La moda es como la publicidad, sólo funciona a favor de los prejuicios, este Marlboro con fiero sabor de cowboy fracasó en una campaña previa que trataba lanzarlo con boquilla roja como el cigarrillo

ideal para mujeres de boquitas pintadas”. Agradeces su maniobra de distracción.

ERES CONSCIENTE de que la magia del encanto radica en la fluidez del discurso, si dejas nacer un silencio, embarazoso o reflexivo, la débil trama de una amistad que todavía no sobrepasa el nivel de alguien simpático se derrumba. Por eso aguzas el ingenio, tampoco te cuesta mayor esfuerzo, y se lo dedicas a la más receptiva, a esa despendolada muchacha de enfrente que no deja de insinuarse, el engarce fluye espontáneo. Te diriges a ella, pero el radar de tu que-
rencia no abandona ni por un instante a la elegida, nunca antes tan próxima. Sigues las ondulaciones de su melena y absorbes sediento la bella expresividad de su rostro, pícaro o voluntariosa, en cualquier caso lúcida. Apruebas su gusto, algo fundamental en tu escala de valores, condición *sine qua non*. Su ropa combina bien diseño y funcionalidad, lleva un blazer de lino de hombros amplios que se apoya en las caderas, una ligera camisa de crepe de cuello en alas anchas prolongado en un escote vertiginoso de botones desabrochados y una falda tubo que se rasga en un estremecido corte. Exhibe el muslo con generosidad y al darse cuenta de tu atención no comete la grosería de ocultarlo con un gesto que siempre resultaría impertinencia, aguanta el tipo con una muy natural donosura, lo cual informa de que no

te has equivocado en la elección. Con una seña apenas perceptible reclamas la presencia del camarero.

ESTÁS SEGURA DE NO SER esta la primera vez que has sentido tan turbadora mirada sobre tu piel, si no es el hombre del cóctel de la embajada alemana es el de la fiesta aniversario del Pachá, probablemente sea el mismo en los dos casos. Estás segura de haber coincidido en más de una ocasión con él, ¿o con otro?, pero no puedes identificarle porque no sueles fijarte en los hombres de su edad por más que no dejen de merodear alrededor tuyo, en el trabajo sobre todo. Si dices que te dobla los años estás exagerando, buscando excusas para demorar un interés creciente. Admiras su aplomo, su buen hacer, sus manos, mejor abandonar la imagen de sus manos que tan turbadoras resultan para tu imaginación. Quedas pendiente de sus palabras, como tus amigas. Ha pedido ostras y champán. En el Palace las ostras son el aperitivo de todas las horas del día y de todos los días del año, aunque vosotras no os permitáis ese lujo, y el champán francés. “Bleu Fenneque o Bollinger”, pide, “ante el champán se detiene mi patriotismo”. Se demora en los preparativos aunque sin dejar de hablar, “la ostra debe tomarse cruda, fría, viva, sorprendida y palpitante, abierta con mano experta que no la hiera, escalofriada con una gota de limón, así”. Os